



LOS ESPAÑOLES Y AMÉRICO CASTRO

La pregunta por España y los españoles es ya inseparable de un hombre y de su obra: el profesor Américo Castro, exactamente como la penicilina es inseparable del doctor Fleming y el existencialismo de Søren Kierkegaard, porque esa pregunta ha sido también un «invento» o encuentro dramático con una realidad que ha precisado, como todo descubrimiento humano, talento y coraje e incluso sangre para ser hecha por su «inventor».

A nadie se le había ocurrido plantearse, como nadie se había hecho cuestión radical de sí mismo, en tanto que hombre, hasta Agustín de Tagaste, y el profesor Américo Castro ha confesado con toda humildad que hasta el momento tremendo de la guerra civil española, también a él, España y los españoles le habían parecido nociones nítidas, pacíficas y claras, y que también él había vivido ciego siendo español, sin saber lo que ser español era y cercando incluso de sabios tópicos esa realidad que es España: como quien amontona piedras rodadas sobre una sepultura temeroso de que el muerto se levante.

Tantas muertes, tantas violencias, tanto horror puso en circulación cotidiana esa guerra civil, sin embargo, que no había más remedio que escuchar aquel clamor y dar algún reposo a tan sangrientas voces, poniendo en cuarentena toda la historia patria o su entendimiento, si era preciso. Y se o fue lo que ha hecho Castro: en realidad, dar un giro copernicano a las ideas y a la sensibilidad con que esa historia venía siendo entendida. Tenía una formidable preparación filológica y literaria, era un filósofo de la Historia y no solamente un historiador, y no le faltó, además, coraje para dar el salto y atenerse a sus consecuencias. Porque consecuencias, y tremendas, había de tener ese atrevimiento y desafío de echar la sonda en las profundidades y de retirar el «parquet» burgués y brillante, aunque sea mentiroso, sobre el que se asientan los hombres con seguridad en un determinado momento. Desde Só-

crates para acá, siempre ha sido así y siempre lo será.

De manera que si el exilio de la patria —situación de límite, situación de «desplazado» metafísico, que diría Collin Willson, necesaria para tocar la entraña de la existencia humana— conmovió a Castro a tal punto de obligarle a poner en cuarentena su propio ser español y el ser de España, las preguntas sobre estas realidades y las respuestas que las ha dado le han tenido exiliado de la respetabilidad profesional y académica en un mundo cultural como el nuestro, desde siempre demasiado lleno de respetables santones, administradores de un caudal de saberes y respetabilidad siempre inmutable y a la defensiva de todo cataclismo en este plano. Porque, ¿qué sucedería, en efecto, si resultaba que no conocíamos a España y no sabíamos lo que era ser españoles? ¿Hasta ahí iban a llegar las cosas? «Y entonces, todos los años que pasé para aprender el sistema de Ptolomeo, ¿de qué me sirvieron?, decidme», argumenta don Leopoldo Augusto en «El zapato de raso», de Claudel.

El profesor Márquez Villanueva cuenta en su trabajo «El encuentro con la obra de Américo Castro», que forma parte del libro-homenaje que a Castro se ha dedicado este mismo año (1), cómo, con qué tardanza y a través de cuántos obstáculos le llegó ese encuentro, y éste ha sido hasta estos años, desde luego, el destino de esta obra. Sólo que este tiempo ha pasado, y hoy nos resulta inconcebible hablar de España y los españoles sin acudir al profesor Castro y a sus libros en primer lugar, para iniciar el viaje desde ellos por lo menos. Incluso para discurrir luego de sus respuestas, si se tienen razones para ello, pero para no seguir tomando el rábano por las hojas, para partir de realidades y no de fantasmas. Parodiando el título y la sustancia de un decisivo artículo de Lucien Febvre relativo a la Refor-

ma protestante, que dio a la cuestión del entendimiento histórico del protestantismo un giro de 180 grados (2), podemos decir, con mayor razón aún a nuestro propósito, que España, hasta Castro, era «una cuestión mal planteada». Ahora, gracias a él, queda abierta a los cuatro aires y a todas las ilusiones y proyectos de existencia. «Esta es la realidad histórica de España», ha dicho Castro. Ahí está. Y quizá nadie como la joven generación puede entender los caminos que se abren desde esa realidad. En todo caso, sólo ella podrá andarlos, y deberá hacerlo abandonando los viejos cangilones de explicaciones y fantasías o hasta esquizofrenias que no nos han llevado a ninguna parte, tras un increíble derroche de nuestra rica sustancia española.

Una conversación con el profesor Castro

Fui a visitar, por eso, al profesor Américo Castro, en su casa de la Colonia del Viso, para charlar con él un poco sobre España y los españoles. En realidad, la conversación con don Américo siempre va a dar a este tema, que es la auténtica pasión de su vida: su trabajo y también su «hobby». No se trata, pues, de que yo haya presentado un cuestionario a Castro o le haya entrevistado. Simplemente, hemos hablado sobre España y los españoles, como tantas otras veces; de una manera libre, informal; lejos de todo corsé o sistema, incluso periodístico. Abusando, quizá, un poco de la amistad que me dispensa y de la pasión que siente por el tema.

Don Américo tiene ochenta y cuatro espléndidos años y resulta siempre una fiesta el hablar con él, además de constituir, naturalmente, toda una magistral lección sus palabras. En su cuarto de trabajo, atestado de libros en desorden de trabajo también y con títulos y entidad como para hacer

morir de envidia a quienes saben apreciar estas cosas, las sillas y el suelo mismo están igualmente ocupados de folios, cuadernos y cuartillas, y más libros, llenos de registros. El ambiente da un poco la sensación de un mecnical de estudiante u opositor, que lucha contra el tiempo; es el ambiente de un laboratorio, pero en el que trabaje un joven, y Castro mismo, apuntando con documentos en la mano las afirmaciones que hace, parece todavía un principiante: habla y trabaja con su ardor y mirando al futuro, como si no hubiese realizado ya una obra ingente y decisiva, sino que acabase de descubrir una tierra nueva y no supiese bien cómo mostrarla con eficacia a los demás.

Sobre uno de los estantes o en cuadros colgados hay fotografías de Jovellanos, Unamuno y Giner de los Ríos. «Son mi ayuda y mi consuelo», dice don Américo, y pasando los ojos por las hileras de libros, no puede menos de hacerme notar, una vez más, la nostalgia y la necesidad que siente por los cientos de ellos, de imprescindible consulta, que tuvo que dejar en Norteamérica, en la Universidad de La Jolla. Porque tiene, sin duda, que ser muy duro para un hombre como él, que ha dispuesto de tantos medios, entrar ahora de alguna manera en las condiciones del intelectual y del investigador de este país, siempre con medios tan limitados, sin las suficientes fuentes de información o de contraste y consulta.

Está escribiendo otro libro sobre Cervantes, y en torno a esta figura gira nuestra conversación sobre España, porque Cervantes es, desde luego, un paradigma singular de la existencia española, como «El Quijote» es un «taller de existencialidad», uno de cuyos primarios artifices fue la tensión-opresión del propio existir». Cervantes no era un español como otro cualquiera, «a tono con la opinión, la de entonces operante, la que confería honores y quitaba honras», sino que estuvo constantemente en situación dialéctica de defensa y ataque con-

(1) «Estudios sobre la obra de Américo Castro». Aranguren, Batillon, Gilman, Lalin, Lapete y otros. Taurus Ediciones. Madrid, 1971.

(2) «Une question mal posée, les origines de la Réforme française et le problème général des causes de la Réforme», de Lucien Febvre, en la «Revue Historique», París, 1929.

tra un medio que le era hostil. Y hostil de dos maneras: desde un punto de vista existencial, como que Cervantes era descendiente de conversos y, por lo tanto, español de segundo orden, «ganado roñoso», que decía Fray Luis, y desde un punto de vista ideológico y de sensibilidad espiritual. «El se cubre, naturalmente —dice don Américo—, haciendo creer a la sociedad de su tiempo que "El Quijote" es un libro de Caballería», y en el prólogo al libro lo repite cuatro veces, pero Castro cree que el final de la primera parte nos descubre todo el juego, al se sabe leerlo correctamente. De manera que todo el libro se nos aparece ahora con entera claridad como un escrito contra la falsedad de la religiosidad y de la vida entera española y como intento de encaminarla por otros derroteros, que es lo que quiere decir con el apasionante episodio del Caballero del Verde Gabán: don Quijote departe con gusto no con don Diego Miranda, el caballero, un hidalgo devoto y de mollera inerte y cerrada, en la que se categorizan todos los clichés de su tiempo, del cristiano viejo, sino con el hijo de don Diego, con don Luis, que estudiaba griego, es decir, que abría cauces hacia una existencia secular, ilustrada y científica, mientras su padre y los que eran como su padre, el mundo circundante de Miguel de Cervantes, se debatían y se desvivían en medio de la angustia, de la esquizofrenia y del «siempre más allá».

El sentido y la razón de esta esquizofrenia, ilusión y disparate, que ha aquejado colectivamente a España durante siglos, lo encuentra Castro en la pobreza patria, como único escape a ella. Había que pensar continuamente en las Indias, de donde vendría todo remedio, y, paralelamente, pensar en un «más allá» religioso, en un «más allá» geográfico, en un «más allá» histórico, como verificando la máxi-

ma lapidaria del Seminario de Vergara: «¡Oh, qué mucho lo de allá, joh, qué poco lo de acá!», y «la tensión personal y de una sociedad crece en razón del vacío de objetividades». Don Américo cita algunos aspectos de este delirio compensador. He aquí, por ejemplo, al doctor Gregorio López de Madala, que en 1602 insiste, como en una evidencia, en que el latín es lengua que procede del castellano; pero no sólo es él el mantenedor de tal disparate glorioso, sino todos los doctos de su época, que se desviven por un «más allá» de gloria, incluido Gonzalo de Correas, el autor del «Vocabulario» y de la colección de refranes que lleva su nombre, y que es un óptimo lingüista, pero que se ciega al desvivirse por este delirio. He aquí también a don Pedro de Castro, obispo de Granada, que, situado en su misión pastoral ante una mujer endemoniada a quien se la habían leído los exorcismos sin efecto alguno, no duda ni un momento en aceptar como buena una patraña forjada por los moriscos y recita ante la mujer una fórmula totalmente heterodoxa que éstos le proporcionan: «No hay otro Dios, sino Dios y Jesús, Espíritu de Dios», y los demonios huyen. Pero Cervantes se ríe y fustiga la estafa morisca, que la demencia de leyenda y maravillosismo de tan alto prelado acepta, inventando a su vez la aparición de otros pergaminos en los que no se trata de conciliar islamismo y cristianismo mediante unos «nuevos evangelios» aparecidos en Granada, sino del acabamiento y fin de don Quijote, de noticias sobre la hermosura de Dulcinea y de la propia figura de «Rocinante».

Y he aquí, en fin, otro aspecto de ese delirio: durante una de las salidas de tierra firme de América, un grupo de españoles descubre unas islas en las que abundan las maderas preciosas, y las

ponen de nombre «Salomón», porque a fuer de aspiración de grandeza y «más allá», deciden que de allí mismo es de donde el propio Salomón acarreo las maderas para el Templo. Y este delirio llega a nosotros. «El ansia de ser más, de superar las deficiencias hispánicas, se ha manifestado en el siglo XX en formas y sectores muy contrarios», ha escrito también don Américo en «De la España que aún no conocía». En el último Rey de España, por ejemplo, que en una visita a Roma ofrece su espada al Pontífice y declara que la misión del pueblo español es ser «soldado de la religión, la de ser el defensor indefectible de la Iglesia Católica», como si estuviésemos en tiempos de cruzadas o de güelfos y gibelinos, y se manifiesta igualmente ese delirio en el manifiesto republicano de la Agrupación al Servicio de la República, que convocaba a los españoles para nada menos que «resucitar la historia de España» y «levantar nuestro país hasta la plenitud de los tiempos», como si estas cosas fuesen objetivos tan racionales y factibles como una reforma fiscal.

Pero esta es aún la hora en que los españoles seguimos jugando a quitarnos y a ponernos siglos y a imaginarnos nuestra historia según nuestros deseos, como para reencontrar nuestro pasado y superar esta crisis de identidad del español que, para serlo siempre ha tenido que tachar unos tiempos y tratar de resucitar otros, aunque en balde y con graves consecuencias, naturalmente, porque, como Castro advierte, la única manera auténtica de recuperar ese pasado y de saber lo que hoy somos es aceptarlo plenamente tal y como ha sido. «Por solipsismo y por patriotismo mal entendido —dice Castro— no hemos sabido ver nuestra historia, y los extranjeros han fomentado de alguna manera esta distorsión óptica y esta ceguera pasional,

porque el pasado español, tal y como queremos que sea —y no como en realidad fue— es inferior al pasado de otros países, y así muestran ellos su superioridad sobre España».

Una superioridad falsa, pero que, es preciso insistir, fomentamos nosotros si no nos hacemos cargo de nuestra historia tal y como ha sido. De esta historia, que ha producido paradigmas de hombría universales, individualidades realmente extraordinarias. Por el contrario que Francia, por ejemplo. Lanson dice con razón —y don Américo no se cansa de repetirme la penetración de Lanson en sus juicios— que Francia tiene escritores, magníficos escritores, pero que no tiene un solo escritor universal, porque Racine, por ejemplo, es intraducible, y eso se debe a que en Francia es la cultura de élite la que tiene importancia, y esta cultura selecciona a una serie de hombres de talento que ella comprende, pero lo que ocurre es que también la élite tiene sus limitaciones, y los talentos que ella no sabe apreciar quedan ahogados. En España, la genialidad cuesta más cara. Volviendo a Cervantes, no hay más que pensar en su pobre vida —ni siquiera pudo escapar a América cuando lo deseó—, en el terrible soneto injurioso que le dedicó Lope o en la apreciación que el P. Gracián hace de «El Quijote»: un libro que sale del lodo para parar en el cielo; pero quizá por eso quienes han vencido todos esos tremendos obstáculos que, en este país, se han opuesto siempre a un simple pensamiento limpio (3) han adquirido rango universal. Sólo que si cara les ha costado a ellos esa universalidad, también ha sido costosísima para la comunidad: nada menos que el delirio y el ansia de «más allá» y la pura

(3) «Lo que hay que trabajar en este puñetero país para llevar adelante un buen pensamiento». Don Antonio Machado y Álvarez, en una carta, sin fecha, a Joaquín Costa.

Dos momentos del homenaje a don Américo Castro, el pasado mes de julio, en la editorial Taurus. A la izquierda, entre los profesores Laín Entralgo y Lapesa; a la derecha, charlando con (de izquierda a derecha) don José L. Aranguren, don Arturo Fierro (presidente de Taurus Ediciones) y don Pedro Sainz Rodríguez.



LOS ESPAÑOLES Y AMÉRICO CASTRO

triumfo

CRONICA DE CUATRO MESES, DE JUNIO A NOVIEMBRE.

LA PROXIMA SEMANA

triumfo

PUBLICARA UN NUMERO

EXTRA

de 104 páginas

UN DOCUMENTO IMPRESCINDIBLE

PARA LA COMPRESION DE CIENTO VEINTE DIAS DE NUESTRO TIEMPO.

triumfo

EXTRA

LA PROXIMA SEMANA

esquizofrenia y demasia es el precio pagado por ello.

Deberíamos poner ahora un punto final a toda esta historia. Ahora ya sabemos que nuestras desazones históricas, nuestra crisis de identidad, nuestras horas de violencia tan desproporcionadas con sus objetivos —y esta es la diferencia con la violencia que ha habido en otros países, dice don Américo, que al fin ha cuajado en pacificación y estabilidad y ha dado por concluido su ciclo—, nuestras grandes fechas históricas, que siempre han sido destructivas, obedecen «al contraste entre fabulosas creencias acerca del pasado remoto (cuando aún no había objeto al cual aplicar el tardío extranjerismo español) y el intento-deseo de dar por inexistente e indeseable el pasado inmediato, cuya razón de existir nos era desconocida». Ahora nos percatamos de que no podemos percibir la realidad presente si vivimos ligados a una falsa imagen de lo que hemos sido y de lo que somos, como nos ha ocurrido, pero «bastará liberarse de las alucinaciones próximas y remotas para que se abran ante nosotros amplias perspectivas y tareas asequibles».

Nuevas esperanzas españolas

Justino Azcárate contó a don Américo una anécdota de nuestra guerra civil, que Castro eleva luego ante mí a símbolo. Según los Informes de Azcárate, hubo una aldea española en la que todos sus habitantes se confabularon para salvar la vida amenazada de un hombre de derecha. Le tuvieron oculto y nadie dio muestra de saberlo, aunque todos lo sabían. Su propia mujer, embarazada, recibía los acostumbrados insultos populares a la infidelidad matrimonial por parte de las mujeres, y la comedia resultó perfecta. Es casi la leyenda inglesa de Lady Godiva paseando desnuda sobre su caballo en medio de una población con las ventanas y puertas cerradas, pero si a Lady Godiva la vieron unos ojos, aunque su desnudez estuviese cubierta por sus largos cabellos, en el caso de esta aldea española no hubo ni una sola traición del escondite de aquel hombre. Y entonces, ¿es que no es posible poner de acuerdo a todos los españoles para que se percaten de su historia, y, por lo tanto, de su identidad y salven así la vida no ya de un solo hombre, sino de toda la comunidad española? ¿Es que no va a ser posible abandonar delirios y ansias de grandeza míticas y poner los pies en la realidad?

España, por ejemplo, no puede, no debe seguir siendo un país colonizado, como lo es ahora en el plano intelectual. En un momento cultural como el del mundo de hoy, en el que existen tantos hispanistas extraordinarios, es decir, gentes de otros países que sientan autoridad hablando sobre España y dándonos razón de su historia o su lengua y literatura y hasta revelándonos a nosotros mismos, ¿dónde hay un solo español, especial-

ta en sinología, en la época de Shakespeare o en jansenismo, que tenga autoridad de tal especialista en esos países como los hispanistas la tienen en el nuestro? Pero si no lo hay y aún cedemos tantas parcelas de un saber que deberíamos explorar nosotros mismos, ello obedece igualmente a esa manera de ser español, que Castro ha desvelado en nuestra historia y que hay que conjurar. Y don Américo cree que son las clases ricas de la sociedad a las que en primer lugar debe sonrojar este coloniaje cultural y esta menesterosidad intelectual patrios. Ellas tienen medios para dejar de lado las cuestiones perentorias del vivir y deben abandonar de una vez la vieja tradición de sus antepasados: «Padre banquero: hijo caballero, nieto por Dios», dice desde antiguo nuestro pueblo al contemplar con un cierto regusto de revancha la esterilidad de la riqueza en nuestro país. Y también: «Dios te ayude, que saber no necesitas», que es todo un desprecio, muy cristiano viejo, de la ciencia, o bien un juicio sarcástico sobre la mayor eficacia de la suerte o las recomendaciones respecto a la auténtica ciencia, o quizá de la mayor eficacia de la fe entendida en el sentido mágico-religioso popular. Pero ya es hora de que las clases acomodadas españolas nos suministren un ejemplo como el de los De Broglie en Francia, por hablar de un físico eminente de nuestro tiempo, que pertenece a una familia principesca. Aunque a mí, personalmente, se me ocurre también, y así se lo digo a don Américo, que más vale esperar que el Estado y la sociedad cambien de postura y apreciación del intelecto y de la vida intelectual y cultural y resuelvan la situación de quienes a esa tarea quieren dedicarse con vocación y tesón. Siempre me parecerá un milagro menor que el primero, y sea dicho sin la mínima intención demagógica.

Las cosas, sin embargo, están cambiando, y el profesor Castro se muestra optimista hablándome, por ejemplo, de lo que ha ocurrido con nuestros estudios de lenguas clásicas: el italiano Giuliano Bonfante sembró la semilla de nuestra escuela española en este ámbito, y la semilla fue recogida por Tovar; luego, por Adrados, y ahora, por un joven investigador, Juan Ruiz, que está preparando una edición de los manuscritos españoles de la Biblioteca de la Universidad de Bolonia. Pero España también precisa científicos, echar a andar con mayor resolución por la senda de don Lorenzo, el hijo del Caballero del Verde Gabán, y por la del conde de Peñaflores, que en el siglo XVIII se burlaba ya de los que seguían creyendo en la Física de Aristóteles, porque le creían «cristiano viejo» y renegaban de «unos perros, herejes, ateístas y judíos» como Newton y Galileo Galilei. Y España tiene que hacer cada vez mayor presencia en la política internacional y no renunciar a los proyectos universales, y, a la vez, tener vida interior y personal, como decía Juan de la Cruz. O sea, dar el salto, pero

ahora no al «más allá» demencial y siempre ulterior como compensación del menesteroso presente, sino el salto al mundo secular y científico de «novedades» e ilustración, como el hijo del Caballero del Verde Gabán. Como Cervantes, cristiano de talante paulino y erasmista frente a la teocracia y al mundo viejo. «Voy a decir que Cervantes es un cristiano pos Vaticano II en este libro que estoy escribiendo», me dice don Américo al despedirme. Y ello es evidente en un muy profundo sentido. Frente a Mateo Alemán, por ejemplo, otro descendiente de judíos que cedió su casa digamos que al director de Emigración de la época, para poder huir a América y que estuvo siempre enfrentado a Cervantes en el entendimiento de las cosas —don Américo se pasma de que la crítica y la erudición literarias al uso no hayan visto en el «Guzmán de Alfarache» la negación de la creación «ex nihilo», sacásticas blasfemias en relación con el Creador e ironías sobre el arrepentimiento de Yahvé de haber creado al hombre, que luego vuelve a arrepentirse de haberse arrepentido—, el autor de «El Quijote» es ciertamente un cristiano muy decidido y en lucha contra las externalidades de la Iglesia, un partidario del cristianismo interior, un enemigo de la fe castiza y castificada.

Lanzo una mirada al retrato de Jovellanos y a las fotografías de Unamuno y Giner de los Ríos: quizá sus huesos estén hoy también conmovidos, porque estos temas fueron los que animaron sus vidas, y aunque vivimos tiempos muy dramáticos y confusos en los que, sin embargo, si hay algo claro es el afán de deshacerse de la historia y de querer comenzar en cero, como si eso fuera posible. Entiendo que este coraje y esta «osadía» —en sentido kantiano— de Castro, al poner en cuestión el ser de España y de lo español, que nacen dolorosamente en el entrecruce y la lucha de las tres castas, que habitan la península —islámica, judía y cristiana— y que se disparan luego hasta la esquizofrenia por olvidar esto y no lograr entenderse a sí mismos, no pueden dejar de dar ahora sus frutos intelectuales, pero también en la diaria vividura.

Afuera, en la calle, está cayendo un pesado ocaso, agravado por un aire sucio como el de todas las grandes urbes de nuestro mundo, pero no se trata de renegar del progreso técnico, como no se trata de renegar de nuestra historia o de parte de ella. En un momento cultural como el nuestro, de escamoteo de problemas o de arreglos provisionales y parciales, esta integridad intelectual del profesor Américo Castro, que nos invita a hacernos pregunta sobre nosotros mismos, en tanto que españoles, y ofrece sus respuestas a la crítica y a la profundización, me parece que en todo caso tiene la entidad del «atrévete a saber» de Kant, de la «osadía» kantiana de que antes hablaba, y que es la entraña de la ilustración, es decir, de una nueva esperanza. ■ J. J. L.